

LA CREATIVIDAD EN LA VIDA COTIDIANA

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Alfonso López Quintás *

El año pasado diserté en esta Academia sobre el enigma de la belleza y la creatividad musical, sobre el ejemplo del gran Beethoven. Subrayé que somos creativos cuando recibimos activamente unas posibilidades que nos vienen dadas y con ellas damos lugar a algo nuevo dotado de valor. Mozart era tan genial que escribía las obras más complejas sin la menor vacilación, «como si le estuvieran dictando», según manifestación de su esposa, Constanza Weber. De hecho, sus manuscritos no presentan ninguna tachadura, como puede verse en el Albertinum de Viena. Podría pensarse que componía desde la nada, *ex nihilo*, según la expresión escolástica. Pero no era así. Elaboraba sus obras desde el campo de juego artístico de un estilo determinado: el «clasicismo vienés». Y todo estilo supone una confluencia de diversos elementos: estéticos, culturales, políticos, costumbristas... Si oímos el Kyrie del *Requiem* mozartiano, observamos la influencia directa y decisiva del saber contrapuntístico de Bach. El mayor regalo que se le podía hacer a Mozart era una partitura de Bach o de Haendel o de Schütz. Así pues, incluso Mozart —el «milagro Mozart», como le llamaban sus contemporáneos— recibía diversas posibilidades del entorno y las asumía activamente; luego entraba en juego el enigma de la *inspiración*, tema tan profundo y asombroso como difícilmente apresable con los recursos de nuestra mente.

Hoy quiero abordar otro aspecto de la creatividad humana que es más sencillo pero no menos importante porque afecta a la revalorización de la vida coti-

* Sesión del día 21 de marzo de 2006.

diana y, por tanto, a la autoestima de multitud de personas. Para ello debemos analizar cinco puntos: 1) Qué es la creatividad, 2) Modos distintos de creatividad, 3) Los frutos de la creatividad, 4) La formación para la creatividad, 5) Los enemigos de la creatividad.

1. QUÉ ES LA CREATIVIDAD

La idea de creatividad goza hoy de reconocido prestigio y general aceptación. Se intenta fomentar la creatividad en la empresa, en la investigación, en el arte, en la vida cotidiana... Se proclama una y otra vez la necesidad de educar a niños y jóvenes para la creatividad. Nada más acertado. Pero ¿sabemos con precisión lo que implica la actividad creativa, qué exigencias plantea, cuál es su articulación interna?

Importa sobremanera precisar bien este concepto, pues su amplitud es mucho mayor que la del concepto romántico de creatividad, reducido a los genios. Mozart, Miguel Ángel, Goethe y Cervantes fueron geniales y sumamente creativos. Esto es obvio, pero no sólo los genios son creativos. Si ahondamos en el concepto de creatividad, veremos que todos podemos —y debemos— serlo, incluso en grado eminente. No procede, por tanto, hablar en exclusiva de la creatividad artística y del poder inventivo de todo orden. Intentaremos captar el sentido *radical* de la creatividad. Ello nos permitirá llevar a cabo una fecundísima revalorización de la vida cotidiana.

Somos creativos cuando asumimos activamente ciertas posibilidades que nos ofrece el entorno y damos lugar a algo nuevo valioso. Al asumir tales posibilidades, nos unimos de modo estrecho a las realidades que nos las ofrecen. Esa unión operativa es la base del *juego creador*¹. Hacer juego con las realidades del entorno y unirnos a ellas es indispensable para nuestra vida orgánica, psíquica y espiritual. Lo es por la profunda razón de que los seres humanos estamos, por naturaleza, «distanciados» del entorno, es decir, podemos dar respuestas distintas a cada estímulo. El animal reacciona automáticamente a cada estímulo con una respuesta prefijada. Está, por así decir, «fusionado» con el entorno. Nosotros nos hallamos a cierta distancia; podemos elegir una respuesta entre varias posibles. Esa elección es el origen de la libertad y la creatividad. Necesitamos elegir libremente las posibili-

¹ Un amplio estudio del juego, como actividad creativa, puede verse en mi obra *Estética de la creatividad*, Rialp, Madrid, 1998, págs. 33-183.

dades que nos da el entorno y crear formas de unidad con las realidades circundantes. Esas formas de unión valiosas dan lugar a la *Cultura*².

La cultura auténtica empieza por la *atención* a cuanto nos ofrece posibilidades para crear algo nuevo lleno de sentido. Esa atención suscita *admiración*, asombro, a veces incluso pasmo. Admirar lo valioso, lo que ofrece posibilidades, es condición ineludible para responder positivamente a esa oferta. Al principio, sólo vislumbramos ese valor, apenas lo conocemos, pero lo aceptamos confiadamente. Esa aceptación confiada nos permite entrar en relación con el valor y conocerlo más profundamente.

La creatividad procede de esta primera actitud de apertura confiada al entorno. De ahí la decisiva importancia de que los niños se sientan acogidos en el hogar, pues tal acogimiento genera en su ánimo una actitud de confianza. El niño se ve rodeado de realidades que lo acogen, le van al encuentro, le facilitan mil estímulos de todo orden que le instan a responder activamente. De ahí el inmenso valor del hogar para la vida creativa del niño. Una sonrisa le invita a crear un ámbito de acogimiento. Una palabra lo lleva a sumergirse en el mundo del lenguaje, con su múltiple oferta de posibilidades. Aprendemos a crear al tiempo que aprendemos a hablar. «Ven», le dice la madre al niño que inicia sus primeros pasos. Al tiempo que aprende el significado de ese imperativo, está ensayando la actividad creativa de ir al encuentro. Todas las realidades del entorno ofrecen al niño diversas posibilidades: el campo, el lenguaje, el pueblo, las obras culturales de todo orden... Asumir activamente, en alguna medida, tales posibilidades es una actividad creativa.

2. MODOS DE CREATIVIDAD

Según sean las posibilidades y las invitaciones que uno recibe a asumirlas, así es el tipo de creatividad que realiza. Oler una flor puede ser una mera experiencia de vértigo o fascinación si me dejo llevar del halago que produce su perfume y me quedo fusionado en él, sin entrar en juego con la flor y la planta que en ella se expresa. Me he movido en el *nivel 1*, el del manejo de realidades y disfrute de las mismas. En cambio, el mismo acto de oler una flor puede ser una experiencia creativa (propia del *nivel 2*, el de las realidades que no son meros objetos, realidades dominables, manejables, disponibles). Si, al oler el perfume, entro en

² El concepto de *cultura* es objeto de atención pormenorizada en mi obra *La cultura y el sentido de la vida*, Rialp, Madrid, 2003.

relación con la planta, y con la tierra, el agua y el sol —fuente de toda energía—, y considero el olor como la forma de expresarse una planta en sazón, inicio una relación de encuentro con dicha flor. No quedo empastado en ella, no la tomo como un mero medio para mis fines hedonistas; le doy todo su valor de expresión viva de la planta, y a ésta la veo engarzada con todo el universo. Esta forma de pensamiento relacional me permite crear un vínculo enriquecedor con mi entorno. Con razón, el principito —en el relato homónimo de Antoine de Saint-Exupéry— reprochaba a las personas mayores el no haber olido jamás una flor en plan creativo.

Si oigo una pieza musical de ritmo electrizante y me dejo llevar de una marea de sonido, quedo *empastado* en ese mundo sonoro, perdido en él, en una especie de embriaguez rítmica y sonora. Es una experiencia de *vértigo* que no crea nada; más bien destruye toda relación personal con el entorno. En cambio, si oigo una obra de música clásica, vibro con sus temas básicos, re-creo las melodías y las armonías, viviéndolas como propias, articulándolas debidamente, captando la estructura musical que tejen entre todas..., realizo una actividad creativa. Cada obra musical valiosa integra al menos ocho planos de realidad; si los vivo todos al mismo tiempo, creo un ámbito expresivo muy valioso; realizo una experiencia eminentemente creativa.

Ciertas personas, cuando te diriges a ellas, te reciben con una sonrisa benévola. Es toda su persona la que te acoge amablemente. Esa sonrisa crea un ámbito de acogimiento e invita a fundar una relación de encuentro. Es profundamente creativa. Por el contrario, un mohín de desprecio o un simple gesto de indiferencia no son creativos sino, más bien, destructivos, porque no invitan a crear confiadamente un ámbito de encuentro personal.

Es maravilloso descubrir las inagotables posibilidades de creatividad que tiene la vida humana. Visitar el claustro de un monasterio, recorrerlo, crear un ámbito de paz al moverse entre sus columnas bien ritmadas es una actividad creativa. Lo mismo sucede al recitar un poema. Una vez asumido un poema como el impulso interior de nuestra actividad, se crea entre él y nosotros una forma de unidad entrañable. Esa actividad declamatoria es, en todo rigor, una actividad creativa, y, como tal, *transfiguradora*; convierte lo distinto, distante, externo, extraño y ajeno en algo íntimo, sin dejar de ser distinto.

Lo mismo sucede al interpretar una canción o una obra instrumental. Cuando un pianista toca una obra, ésta va surgiendo bajo sus dedos, que están impulsados en buena medida por los brazos y antebrazos. Todo el cuerpo del intér-

prete vibra con la composición y pasa a un primer plano, pero poco a poco se oculta discretamente para que haga acto de presencia luminosamente la obra interpretada. Con ello, el cuerpo adquiere su plena dignidad. En un bello texto, Juan Ramón Jiménez, premio Nobel de Literatura, entona un himno a la belleza de las manos de una niñera que cuida a un niño y las del gran director de orquesta Arturo Toscanini cuando con un leve gesto aúna y ensambla armónicamente a una familia numerosa de intérpretes. Son manos *transfiguradas*, por ser manos *creativas*. Nuestro cuerpo se transfigura cuando es el vehículo viviente de una labor creadora.

«*¿Qué encantadora armonía —escribe— el uso de las manos de la niñera de un niño, el alzarlo, el mecerlo, el vestirlo, el lavarlo, el entretenerlo con gestos relacionados con la fantasía! ¿Qué delicia ver las manos de Toscanini dirigiendo y qué encanto no habrá sido el ver modelando las manos de Miguel Ángel!*». «*Aplaudir con sinceridad, con gozo, con alegría también puede ser un buen empleo de las manos: sobre todo si se goza lo que se aplaude*»³.

Hay creatividad siempre que respetamos las realidades que nos ofrecen posibilidades, las estimamos y colaboramos con ellas. «*Todos hemos conocido a lo largo de nuestra existencia —escribe el filósofo y dramaturgo francés Gabriel Marcel— seres que eran esencialmente creativos; por la irradiación de bondad y de amor que emanaba de su ser, hacían una contribución positiva a la obra invisible que da a la aventura humana el único sentido que puede justificarla*»⁴. Veamos algunos ejemplos de esa irradiación de bondad a la que alude Marcel:

- Vivo con otras personas; puedo ofrecerles posibilidades y recibir las que ellas me ofrecen. Si lo hago, actúo creativamente. Pueden ser posibilidades sencillas: ayudar a clarificar un problema, hacer una suplencia en un momento de apuro, atender y acompañar a un enfermo, levantar el ánimo de alguien que se halla desconsolado, sostener una conversación agradable con los allegados... De esta discreta forma creo actos de colaboración y ayuda. Soy creativo.

- Me hago cargo de la situación delicada de un amigo y le echo una mano cuando está más angustiado. Creo un ámbito de colaboración amistosa.

- Ayudo a un alumno a perfeccionar el estilo de sus redacciones, a pensar con más rigor, a descubrir nuevos horizontes en la vida del pensamiento... En cuanto lo hago, soy creativo, y, por tanto, mi vida es auténtica.

³ *Política poética*, Alianza Editorial, Madrid, 1981, pág. 429.

⁴ *Le mystère de l'être II*, Aubier, Paris, 1951, págs. 46-47.

- Pongo empeño en preparar bien las clases y conferencias y en adquirir el arte de dar claves de interpretación de la vida. Como fruto de este esfuerzo, cuando alguien me pide consejo me basta oírle con atención para hallar una respuesta atinada. Esta facilidad para guiar la he conquistado al alto precio de una costosa preparación. Al ir la adquiriendo día a día, he vivido creativamente porque he creado valiosas relaciones de unidad con los demás.

Estamos descubriendo que nuestra actividad creativa cotidiana va de la mano con la fundación de ámbitos de todo orden. Un ámbito es una *realidad abierta*, que nos ofrece posibilidades para actuar creativamente.

- Miguel Ángel asumió interiormente la multitud de ámbitos de vida que implica la Historia de la Salvación, desde el instante misterioso en que el Creador infundió el primer hálito de vida en el hombre hasta la venida del Salvador al final de los tiempos. Al darles vida mediante una depurada expresión artística en el techo de la Capilla Sixtina, mostró una eminente creatividad. Pero también lo hace una humilde madre de familia que amamanta con la debida ternura a su bebé, pues con ello crea esa «urdimbre afectiva» que, según los más cualificados biólogos actuales, debe tejerse entre padres e hijos si éstos han de desarrollarse normalmente ⁵.

- En esta línea, es creativo quien establece vínculos afectivos con los demás y transforma un *piso (nivel 1)* en *hogar (nivel 2)* ⁶; el profesor que logra convertir su clase en un ámbito de encuentro; el ciudadano que trata las realidades del entorno con delicadeza ecológica; todo aquel que orienta su actividad hacia metas altas y le confiere, así, un sentido muy hondo.

Para no cejar en esta tarea de elevarnos a niveles altos —el 2, el 3, el 4—, pese a la fuerza de gravitación que parece atarnos a las ganancias inmediatas del *nivel 1*, debemos convertir el ideal de la unidad en la meta de nuestra vida y, consiguientemente, en el principio impulsor de la misma.

3. LOS FRUTOS DE LA CREATIVIDAD

Ya hemos insinuado algunos de los frutos que reporta la creatividad. Retomemos algunos de esos temas a fin de ampliarlos, siguiendo el procedimiento que suelo denominar «método en espiral».

⁵ Cfr. J. ROF CARBALLO, *El hombre como encuentro*, Alfaguara, Madrid, 1973. MANUEL CABADA CASTRO, *La vigencia del amor*, San Pablo, Madrid, 1994.

⁶ La teoría de los niveles de realidad la expongo en la obra *La defensa de la libertad en la era de la comunicación*, PPC, Madrid, 2004.

1) La creatividad nos eleva del *nivel 1* a los niveles superiores. Nos lleva a considerar las realidades del entorno más bien como ámbitos que como objetos y a recibir activamente las posibilidades que nos ofrecen. Con ello nos vemos llevados, no a *manejar* realidades, sino a *crear* relaciones fecundas con ellas, participar en ellas, a fin de dar lugar a algo nuevo dotado de valor. Esta participación es verdaderamente activa y creadora cuando vivimos las relaciones de encuentro con la actitud propia del *nivel 3*, en el cual optamos incondicionalmente por los grandes valores: unidad, verdad, bondad, justicia, belleza.

2) Esta actitud de participación fomenta nuestra *libertad creativa* y amengua nuestra *libertad de maniobra*, el mero estar en franquía para hacer lo que más nos apetezca.

«Debemos reconocer—escribe Marcel— que hay modos de creación que no son de orden estético y que son accesibles a todos; y es en tanto que creador, por humilde que sea el nivel de creatividad en que uno se mueva, como un hombre cualquiera puede sentirse libre. Pero habría que mostrar que la creación, entendida en este sentido general, implica siempre una apertura al otro»⁷.

Si soy creativo en mi vida ética —*nivel 2*—, puedo ser a la vez plenamente libre y plenamente obediente a ciertas normas y preceptos. Para ello debo renunciar en buena medida a ejercitar la *libertad de maniobra*, la libertad de actuar arbitrariamente —*nivel 1*—, a fin de estar internamente dispuesto a ajustar mi conducta a las exigencias de las realidades y situaciones de las que recibo posibilidades creativas. Esa renuncia hace posible que sea *libre* para actuar como *debo* si quiero lograr mi verdadero ideal, que es el ideal de la unidad. Cuando doy una clase, tengo libertad creativa si renuncio a realizar actividades ajenas a la misma. De llevarlas a cabo, podrían los alumnos advertirme que eso no se acomoda a ese contexto. ¿Tendría sentido que yo les reprochara que me impiden ser libre, al despojarme de mi libertad de cátedra? De ningún modo. Ellos me pedirían que acotara mi *libertad de maniobra* y la ajustara a las exigencias de una clase. Tal ajuste no destruiría mi auténtica libertad; más bien al contrario. Si me adapto a lo que debo hacer en ese momento —lo que supone una renuncia—, me siento de verdad libre; hablo con soltura, con seguridad de que estoy haciendo lo justo, lo adecuado y conveniente, lo que favorece a los alumnos. Entonces soy libre con el tipo superior de libertad: la *libertad creativa*.

3) Algo semejante cabe decir de la relación entre la *independencia* y la *solidaridad*. No pocos jóvenes piensan actualmente que para ser solidarios con sus

⁷ *Les hommes contre l'humain*, Editions du Vieux Colombier, París, 1962, p. 24.

padres deben renunciar a ser independientes. Si regresan pronto a casa los viernes por la noche, como desean los padres, se ven privados de libertad, pues no pueden disponer del tiempo a su antojo. ¿De qué tipo de libertad se trata? De la *libertad de maniobra*. Pero ¿es ésta la forma auténtica de libertad? ¿Se sienten libres interiormente cuando actúan de espaldas a la felicidad de sus progenitores? Obviamente, este tipo de conducta no implica la menor creatividad, no crea vínculo alguno de convivencia; anula los ya existentes. Pensémoslo seriamente: ¿Puede considerarse libre el que no es capaz de distanciarse de sus apetencias inmediatas y evitar lo que angustia a quienes debe nada menos que el ser? Pobre idea de libertad tendría el que contestara afirmativamente.

Cuando vivimos una auténtica relación de encuentro con una persona, compartimos sus penas y sus gozos. Esta alta forma de *participación* supone una cima en la vida humana. Al descubrirlo por experiencia propia, advertimos que el secreto de nuestra excelencia como personas radica en armonizar la independencia y la solidaridad. Dentro del campo del encuentro, toda actitud de independencia implica de por sí la atención a los demás. En ese contexto, no tiene sentido una independencia *desarraigada*, pues no sería independencia creativa de vínculos y, por tanto, de vida comunitaria, sino destructiva de la misma. Al hablar de solidaridad en ese campo, no aludimos a modo alguno de sujeción esclava, sino de armonización lúcida y constructiva de intereses y necesidades. Un cantor es libre creativamente cuando se responsabiliza de su voz y lo hace vibrando con todas las demás. La libertad de actuar a capricho en cada momento de la interpretación no se coordina con la creatividad; la destruye de raíz; no es una *libertad creativa*.

Los análisis anteriores nos permiten descubrir que, al adoptar una actitud creativa, los conceptos se enriquecen de contenido y dejan de oponerse abruptamente para complementarse y enriquecerse. Tal enriquecimiento otorga a nuestra vida una altísima calidad, una elevación impresionante. En cambio, si nuestra mente está guiada por conceptos rígidos, empobrecidos por su enfrentamiento innecesario con otros, nuestra vida se empequeñece, achica su horizonte, se hace mezquina y ruin. Debemos, pues, «esforzarnos en pensar bien», como recomendaba Pascal al escribir: *Travaillons, donc, à bien penser*⁸.

4) La libertad creativa, al fundar relaciones de participación, da lugar a los modos más altos de unidad que son posibles entre el hombre y los seres de su entorno. Cuando participamos en alguna realidad valiosa —por ejemplo, un poema

⁸ La fecundidad de la creatividad en orden a adquirir una forma de pensar flexible, integradora, relacional es ampliamente expuesta en mi obra *Inteligencia creativa*, págs. 231-265.

o una obra musical—, creamos un campo de juego común, y en éste se supera la escisión entre lo interior y lo exterior, el dentro y el fuera, el aquí y el allí, lo críspadamente mío y lo exclusivamente tuyo. Ello genera la posibilidad de comunicarse con sinceridad y fluidez, sin las barreras que interpone el *egoísmo*, actitud propia del *nivel 1*. Si participo en algo que me ofrece posibilidades creativas, *pertenezco* en cierta medida a esa realidad, pero esa pertenencia no implica sumisión sino colaboración en una tarea creadora común. Se trata de una *pertenencia creadora*.

5) Esa superación de la escisión entre el dentro y el fuera, lo interior y lo exterior se da también en la vida ética cuando la vivimos creativamente. Una norma moral puede haberme sido sugerida desde *fuera de mí*, desde el *exterior*. Si la asumo activamente —es decir, creativamente—, se convierte en un principio *interno* de actuación. Es distinta de mí, pero ya no distante, externa, ajena. La actitud creativa supera, por elevación, la escisión entre lo mío y lo tuyo, lo que se halla en mi interior y me pertenece y lo que se encuentra fuera de mí y me es indiferente. De ahí que, si alguien me comenta un problema y yo le indico que ése es un problema *suyo*, no *mío*, indico claramente que no soy su amigo, no he creado con él una auténtica relación de encuentro.

Realizada esta *interiorización* de los principios, normas y valores morales, cada acción moralmente recta que realicemos acrecienta nuestra *identidad personal*, pues, al comportarnos conforme a criterios recibidos en buena medida *desde fuera*, actuamos con plena *libertad creativa*. Al descubrirlo, nos liberamos del riesgo de pensar que, al ser fieles a normas y preceptos no elaborados por nosotros, nos entregamos a algo distinto y ajeno, es decir, nos enajenamos o *alienamos*. Numerosas personas piensan esto último, lamentablemente, y bloquean con ello el desarrollo de su personalidad. Les convendría recordar que sólo nos desarrollamos si creamos relaciones de encuentro con realidades que son distintas de nosotros y, en principio, distantes y extrañas. Si estas realidades no pueden llegar a sernos íntimas, dejando de ser extrañas y distantes, no tenemos posibilidad de ser creativos en la vida. Y, al faltarnos la creatividad, nos asfixiamos espiritualmente.

El que adopta en la vida una actitud *posesiva* y piensa que todo lo distinto es distante y extraño ineludiblemente —actitud propia del *nivel 1*—, tenderá a considerar a las demás personas y grupos como «los otros», en sentido negativo, es decir, los extraños, los forasteros, los posibles usurpadores de su espacio vital. De ahí que las personas del entorno sean tomadas frecuentemente como una presa a dominar o un enemigo a batir. Esta conducta no encierra la menor dosis de creatividad, pues no crea relaciones de convivencia.

En cambio, el que se comporta respetuosamente con cuanto le rodea, ve a los otros como posibles compañeros de juego, colaboradores en las grandes tareas de la vida (*nivel 2*). Nuestra visión del entorno pende de nuestra actitud básica. Desde 1918 se nos pide que realicemos un cambio en el estilo de pensar y de sentir, sustituyendo el ideal del dominio por el ideal del servicio. La realización de este giro decisivo pende, en definitiva, de nuestra capacidad creativa, la capacidad de crear auténticas relaciones humanas. Para infortunio de todos, durante siglos se estimó que sólo puede considerarse creativa la capacidad de producir obras culturales y artefactos técnicos. Naturalmente, esta labor implica diversas formas de creatividad: asume activamente ciertos tipos de posibilidades y da lugar a realidades nuevas cargadas de valor. Pero es posible que tal actividad, muy fecunda en diversos aspectos, vaya disociada de la creatividad relativa a la vida de encuentro de los hombres entre sí y con las realidades del entorno. Si esto sucede, esa forma de «cultura» no supone un verdadero «cultivo de la vida espiritual». De hecho, los conflictos sociales que cubrieron de luto el siglo xx delatan con claridad que una persona y un grupo social pueden estar muy adiestrados en cuanto a conocimientos científico-técnicos y carecer, en cuanto a su trato con los semejantes, de todo desarrollo espiritual. Se trataría, en tal caso, de gentes muy *civilizadas* pero escasamente *cultas*, si se toma este vocablo en sentido riguroso. Ferdinand Ebner, el genial promotor de la Antropología Filosófica contemporánea, diría que «sueñan con el espíritu» pero no viven una «auténtica vida espiritual»⁹.

6) Esta forma de unión estrecha con las realidades que nos rodean crea a nuestro alrededor un *campo de juego* estable, un *ámbito de vida*, un «mundo» propio, que nos confiere una forma de ser peculiar, una personalidad característica. Al perder ese *ámbito de despliegue*, el ser humano se desenraíza y ve menguada en gran medida su capacidad creadora. De ahí la impresión de desmoronamiento que han experimentado en todo tiempo los desterrados, como vio lúcidamente Gabriel Marcel en su descripción del «hombre de la barraca»¹⁰. Un ser humano se mueve en un entorno determinado, ha creado en él una red de relaciones; mediante sus potencias y sus posibilidades traza proyectos, intenta realizarlos, siente el gozo del éxito y la decepción del fracaso, y de esa forma va realizando su vida. Pero súbitamente es desplazado de su «mundo» propio, se ve desposeído de sus pertenencias materiales y espirituales, y queda situado en un entorno extraño, por ejemplo una barraca de un campo de refugiados. Aunque este campo fuera modélico y cubriera todas las necesidades básicas de los exiliados,

⁹ El pensamiento dialógico de Ebner lo expongo en la obra *El poder del diálogo y del encuentro*, BAC, Madrid, 1997, págs. 8-91.

¹⁰ *L'homme problématique*, Aubier, París, 1955, págs. 11-14.

éstos no dejarían de echar en falta cuanto constituía su «medio vital». Pero la naturaleza humana tiende a la configuración de ámbitos, y lleva a los refugiados a establecer toda suerte de relaciones entre sí y a organizar pequeñas asociaciones de diverso orden para satisfacer sus necesidades materiales, culturales y espirituales. De esta forma, pronto vuelven a sentirse en cierta medida «ambientalizados» y, por tanto, centrados. Con ello, su nuevo entorno cobra un cierto aspecto de «hogar» y su vida vuelve a tener una condición «humana».

4. LA FORMACIÓN PARA LA CREATIVIDAD

Primera fase

1. De lo antedicho se desprende que el primer paso para formar nuestra capacidad creativa y movernos a ponerla en juego fecundamente es cultivar nuestra sensibilidad para lo valioso, abrir los ojos y la mente a la condición ambital de nuestra realidad y de las realidades más relevantes de nuestro entorno, aprender a asombrarnos ante la grandeza de tales realidades y admirar su fecundidad.

Si miras de noche el cielo estrellado y piensas que la luz de las estrellas que estás percibiendo en ese instante ha recorrido durante miles de años espacios inmensos, te sentirás lleno de admiración. Esa impresión te abre el espíritu a la grandeza que implica el cosmos y te sientes vinculado a él de forma sobrecogedora. Tu mirada ha sido creativa.

Contemplas una rosa y te detienes a oler su perfume. No te quedes en el halago sensible del mismo. Intenta —como hemos indicado— ver el perfume como el mensaje peculiar que te trasmite este tipo determinado de flor; considera la rosa olorosa como el máximo logro del rosal; apresúrate a ver cómo el rosal es amantado por la tierra en la que hunde sus raíces y es vivificado por el sol que le regala su luz fecundante. Al inhalar hondamente el perfume, estás creando una relación estrechísima con la flor, la planta, la tierra, el sol, el agua, el océano del que procede, el viento que arrastra las nubes... Disfrutas del encanto que supone un perfume agradable, pero no te empastas con él, no te quedas fusionado con el agrado sensible; creas, al mismo tiempo, una relación estrecha con todo el universo, y, más radicalmente aún, con el Creador que nos otorgó un entorno lleno de encantos enigmáticos y profundos. Has realizado una actividad creativa.

Vas por el campo y encuentras una fuente que mana de la tierra. La consideras, naturalmente, como algo útil para recobrar tus fuerzas exhaustas. Bebe a

borbotones y sacia tu sed, pero luego dedica un tiempo a descubrir el carácter simbólico de ese fenómeno natural. Diversas realidades y circunstancias hubieron de concurrir para que en este lugar esté saliendo agua a la superficie y puedas hacer la experiencia de sentir que la madre tierra te ofrece lo necesario para proseguir tu camino animosamente. Pocas veces habrás hecho una experiencia tan directa y expresiva de lo que es un *don primario*, aquello que se recibe gratuitamente y es indispensable para vivir. Esa experiencia desborda creatividad.

2. Los grandes escritores y cineastas nos ayudan a descubrir y valorar múltiples fenómenos de este género. Para sacar pleno rendimiento a los hallazgos que albergan sus obras debemos contar con un método adecuado¹¹. Centros académicos que sobresalen por su capacidad de formar el poder creativo de los alumnos basan su éxito en la decisión de abrirlos tempranamente a la llamada de los valores, a la comprensión y valoración de cuanto encierra hondura, largo alcance y sentido profundo: una flor, una obra musical o literaria, un fenómeno natural lleno de expresividad... El amor de los niños a la lectura de cuentos y al ejercicio del juego significa que son sensibles a los ámbitos y a la creación de ámbitos. No tomemos esas actividades como meras diversiones, sino como modos eficaces de poner en forma la propia creatividad. Es insensato hacer ver a los niños que los juegos y los cuentos son un pasatiempo superficial que se opone a la «seriedad» del estudio. No hay nada más serio que abrirse a los diversos ámbitos que juegan un papel decisivo en la vida humana. El estudio de las diversas áreas académicas también es «serio», a condición de que abra a los niños y jóvenes al mundo de los ámbitos y la creatividad.

3. Estamos observando que la capacidad creativa se despierta al contacto con realidades valiosas. En consecuencia, los educadores deben ayudar a niños y jóvenes a distinguir tempranamente diversos niveles de realidad y vincularlos con espontaneidad, como sucede cuando vivimos los fenómenos expresivos: una sonrisa, un poema, una melodía musical...

4. La creatividad queda en buena medida amenguada, si no anulada, cuando nos dejamos llevar de la nostalgia por el mundo infrapersonal, infrarresponsable, puramente instintivo. Esta nostalgia se observa desde la primera guerra mundial (1914-1918) en diversos escritores, artistas y pensadores, que, impresionados por la magnitud de la catástrofe bélica, atribuyeron a la inteligencia y, más radicalmente, al espíritu la causa de la misma, debido a su poder de planificación. El

¹¹ Cfr. MARÍA ÁNGELES ALMACELLAS, *Educación con el cine*, Ediciones Internacionales Universitarias, Madrid, 2004; A. LÓPEZ QUINTÁS, *Cómo formarse en ética a través de la literatura*, Rialp, Madrid, 1997.

espíritu —se dijo— tiene el poder de *alejar* al hombre de la realidad en torno y realizar proyectos, por ejemplo de guerra. Se olvidó que la misma inteligencia que puede *alejar* al hombre de la realidad en torno es capaz de crear entre ambos la *distancia de perspectiva* que hace posible la única forma de verdadera *presencia*.

Lo antedicho nos advierte que la creatividad no puede *enseñarse*, sólo cabe sugerir las experiencias que debemos realizar para descubrir por propia cuenta lo que significa ser creativo a fin de enardecernos con la actividad creadora.

Segunda fase

Una vez realizadas esas experiencias creativas, hemos de ayudar a los niños a comprender su sentido y descubrir su articulación interna. Este proceso de realización de experiencias y de análisis de su contextura podría seguir el camino siguiente.

1. El hogar debe estar constituido de tal forma que el niño pequeño se halle en presencia de altos valores: cordialidad, ternura, generosidad, encuentro... Él no sabe todavía lo que significan estas actitudes, no conoce su nombre, no advierte la importancia que tienen para su vida. Pero se siente *atraído* por ellas, porque intuye que son benéficas y agradables, y, además, observa que personas queridas y admiradas —padres, hermanos, familiares cercanos— están identificadas con tales valores, dan testimonio de ellos y los irradian. El niño cobra, así, una confianza incondicional en el carácter admirable de tales valores y se mueve a acoger activamente en su vida las posibilidades que le ofrecen de actuar en una forma determinada.

2. A medida que el niño va descubriendo gozosamente la riqueza de diversas experiencias creativas, adquiere luz para comprender el sentido de los términos que utilizan los mayores para describirlas. Es adecuado, entonces, irle sugiriendo que portarse cordialmente con el hermano es algo «bueno», ser generoso es una «virtud», estar unido a la familia es una «obligación»... Estos términos, y otros semejantes, adquieren con ello una coloración muy positiva, que moverá al niño a penetrar más y más en su sentido profundo y a vivir lo que ellos significan.

3. Pronto llegará la hora en que alguien de la familia o del colegio pueda explicar al niño con éxito el alto valor que encierra el *hogar* y, por tanto, el *encuentro*. Una vez impresionado por el don que implica hallarse inmerso en una familia hogareña, el niño comprenderá fácilmente que «obligarse» a algo que tiene

tal valor no supone la pérdida de la libertad sino el logro de la libertad verdadera, la creativa, la que nos realiza como personas. El está viviendo cada día que la vinculación a la familia y al colegio —si éste constituye un auténtico «segundo hogar»— le esponja el ánimo, le da seguridad y capacidad de movimientos, lo abre a multitud de valores que otorgan sentido y alegría a la vida.

4. De este modo, el niño se va haciendo cargo de la riqueza que alberga su existencia diaria. Tal constatación le da seguridad interior, le produce gozo y acrecienta su fe en quienes le están abriendo esas magníficas posibilidades de vida. Ello le dispone el ánimo para realizar otras experiencias, cada vez más elevadas. No hay tarea más noble que ampliar el horizonte de la propia creatividad y facilitar a otras personas que lo hagan. Queda de manifiesto en la siguiente anécdota. Varios jóvenes de familias acomodadas de una gran ciudad participan en una agrupación juvenil. Suelen realizar en grupo diversas actividades creativas: canto, marchas por el campo, clases sobre temas culturales... Todo ello les permite sentir la vibración personal que produce crear algo valioso. Un día alguien les propuso renunciar a una parte de sus vacaciones estivales para acompañar y ayudar a unos campesinos de la tórrida estepa castellana. Aceptaron, y durante un mes prestaron toda clase de servicios: atendieron a ancianos, cuidaron enfermos, impartieron clases de alfabetización... Al final mostraron su extrañeza por el hecho de que habían sentido una indefinible felicidad durante esos días austeros. *«No es extraño —les dijo el monitor—. Habéis realizado una experiencia de encuentro, que exige mucho pero lo da todo. Podía preverse que ibais a sentir alegría, entusiasmo, felicidad, paz interior, amparo, júbilo festivo. Y una inmensa libertad interior, libertad creativa»*. Sin duda, esta experiencia veraniega hizo sentir a esos jóvenes lo que significa vivir en los niveles 2 y 3, los niveles de la creatividad.

5. Sería sumamente útil que niños y jóvenes hicieran a menudo experiencias de este tipo, para descubrir las cotas de plenitud y riqueza que alcanzamos al orientar nuestra vida hacia el ideal de la unidad y el encuentro. No olvidemos que lo que suscita la creatividad y lleva nuestra persona a su cabal desarrollo no es lo vacío sino lo pleno, no lo mezquino sino lo noble, no lo degradado sino lo valioso.

5. LOS ENEMIGOS DE LA CREATIVIDAD

A la creatividad se oponen las actitudes que dificultan o impiden del todo el encuentro con las realidades valiosas del entorno. Entre tales actitudes resaltan las siguientes:

1. El *reduccionismo*. La actitud contraria a la admiración y el respeto —que nos llevan a considerar los «ámbitos» como fuentes de iniciativa y a convertir los simples objetos en ámbitos— es el *reduccionismo*, la tendencia a reducir el valor de las realidades y los acontecimientos de la vida humana.

- Reducir la «creación artística» a mera «producción de obras» ciega de raíz la fuente de la inspiración, rectamente entendida, y aleja el arte de su intención primera y nuclear: la búsqueda de la belleza y la verdad.

- Si bajamos al hombre del *nivel 2* al *nivel 1*, y lo reducimos de «ser de encuentro» a mero «ser de pulsiones»; si entendemos el amor como simple pasión y tratamos los ámbitos como simples objetos, bloqueamos de raíz nuestra capacidad creativa y hacemos imposible nuestra realización personal.

2. El *intrusismo*. Esta banalización del saber y el actuar crea un clima social degradado, que permite hablar en público de temas sumamente relevantes a personas no capacitadas para ello. La libertad de expresión debemos comprarla al precio de una preparación adecuada. Nuestra responsabilidad nos prohíbe concedernos libertad para influir en la opinión pública respecto a cuestiones que no conocemos profundamente. Esa autocensura limita nuestra libertad de maniobra pero fomenta nuestra libertad creativa.

3. La *subversión de valores*. Considerar lo agradable como el valor más alto nos impide abrirnos con voluntad colaboradora, creativa, a las realidades del entorno, porque el agrado sensorial y psicológico es privativo de cada uno, nos recluye en nuestro organismo, fomenta el individualismo egoísta. Lo agradable es, sin duda alguna, un valor, pero debe supeditarse a valores más altos, por ejemplo la salud. Y ésta tampoco constituye la cima del valor; en casos, ha de sacrificarse en cierta medida para salir al paso a situaciones graves, por ejemplo la enfermedad de un allegado. Tomar el agrado como criterio exclusivo de conducta significa una peligrosa inversión de la recta escala de valores.

4. La *entrega a los diversos modos de vértigo*. El proceso de vértigo responde al ideal egoísta del dominio y la posesión. El que se entrega al vértigo piensa que va a lograr el máximo desarrollo personal fusionándose con cuanto sacia sus instintos y halaga su sensibilidad. Pero se equivoca gravemente, pues el vértigo amengua e incluso anula del todo la capacidad creativa, al reducir de valor las realidades de nuestro entorno y hace imposible el encuentro.

5. La *proclividad al nihilismo y al absurdo*. La tendencia a negar la posibilidad de que la vida tenga sentido procede de la falta de creatividad. Ya sabemos

que la actividad creativa transfigura la vida porque nos eleva al *nivel 2*, el nivel de la vida regida por el ideal de la unidad y el encuentro. Decir que la vida *tiene sentido* equivale a indicar que *está bien orientada*, dirigida a la realización del ideal auténtico. Para el hombre —definido por la mejor biología actual como «ser de encuentro»— no hay otro ideal verdadero que la creación de modos elevados de unidad. Alguien tan preocupado como Friedrich Nietzsche por la marea de nihilismo y absurdo que amenaza con anegarnos nos dejó esta sentencia enigmática: «¡Ay de aquel que no tenga hogar!» El hogar es el lugar por excelencia del encuentro, la creatividad, el sentido, la plenitud de vida.